

Feminismo y psicoanálisis

Feminism and psychoanalysis

Nora Merlín

RESUMEN

El feminismo de esta última época irrumpió en la cultura como un nuevo agente político, vino a cambiar un orden. A partir del impacto en la política, la subjetividad y en las relaciones sociales que trajo este movimiento, se plantea como necesaria una conversación entre feminismo y psicoanálisis. A pesar de las diferencias, ambas teorías comparten preocupaciones como la sexualidad, el deseo y el amor.

PALABRAS CLAVE:

Feminismo - Psicoanálisis - Sexualidad - Género

ABSTRACT

Feminism in recent years has burst into the culture as a new political agent, it is here to change an order. As of the impact this movement has brought about on politics, subjectivity and social relations, a conversation between feminism and psychoanalysis is regarded as necessary. In spite of the differences, both theories share concerns such as sexuality, desire and love

KEYWORDS

Feminism - Psychoanalysis - Sexuality - Gender

El feminismo de esta última época irrumpió en la cultura como un nuevo agente político, vino a cambiar un orden. A partir del impacto en la política, la subjetividad y las relaciones sociales que trajo este movimiento, se plantea como necesaria una conversación entre feminismo y psicoanálisis. A pesar de las diferencias, ambos campos teóricos comparten preocupaciones como la sexualidad, el deseo y el amor.

En primer lugar, queremos aclarar que los psicoanalistas planteamos en este caso un debate teórico desde el desacuerdo, por lo que también se trata de un debate político; Ranciére define a la política como desacuerdo. El desacuerdo no es una situación de habla en la que uno dice blanco y el otro dice negro, sino que se caracteriza porque los interlocutores dicen lo mismo, pero no entienden lo mismo. Veremos en esta conversación que cuando ambas teorías dicen sexualidad o femineidad no están hablando de lo mismo.

Este diálogo lo comenzó la renombrada feminista Judith Butler, quien en su libro *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, critica la noción de sexo como sustancia natural e inmutable inscrita desde el origen. Esa concepción, afirma la autora, hace un uso político de la categoría “naturaleza” que obedece a los propósitos de la sexualidad reproductiva. Para Butler, el sexo no es natural, anterior a la cultura, prediscursivo, ni constituye una superficie políticamente neutral; el género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza.

Butler no sólo define al género como discursivo/cultural, sino también considera que el sexo es una construcción de prácticas discursivas y políticas, una significación que puede dar lugar al género. La

pensadora feminista se propone deshacer la “estabilidad del sexo binario”, afirma que la diferencia sexual no está determinada anatómica ni hormonalmente, sino que son los tipos de prácticas las que construyen discursiva o culturalmente lo masculino y femenino como entidades diferenciales; el sexo “se hace” y puede deshacerse en el plano de la significación, que siempre está en proceso.

Una de las tesis del libro es que no es posible convertirse en mujer, porque la identidad sexual es una construcción que está en proceso, en permanente cambio y nunca se completa. La mujer a la que se refiere Butler no es lo que define el psicoanálisis como lo femenino; lo mismo sucede con la sexualidad.

Freud muy tempranamente despegó su teoría de los ideales de una sexualidad biológica, natural o normal; la sexualidad para el psicoanálisis no coincide con la reproducción ni con el encuentro heterosexual de la madurez. Freud descubre que hay sexualidad en la infancia que nada tiene que ver con la genitalidad o el género, nace apoyada en la autoconservación y luego se independiza. Con la producción del concepto de pulsión establecerá que la sexualidad no es hereditaria, instintiva, universal ni normativa. La “norma” es la singularidad y el objeto en torno al cual se realiza la satisfacción es absolutamente contingente, pero no exento de fijaciones y modos eróticos privilegiados para cada uno. La sexualidad es constitutiva del sujeto y determina deseos, identificaciones y posicionamientos sexuales.

A diferencia del planteo de Butler, desde el psicoanálisis la sexualidad no es reducible a una construcción discursiva o al sentido, porque hay fijaciones pulsionales compulsivas solidificadas y determinismo

inconsciente. Si un paciente viene a decir que no se siente mujer o varón o que anhela un cambio de sexo, un psicoanalista ofrece su escucha sabiendo que la sexualidad no es discursiva, es imposible al significante. Es justamente esa imposibilidad la que causa lo que no cesa de no escribirse y permite que haya discursos.

Freud fue uno de los primeros en devolverles dignidad a las mujeres que afirmaban haber sido abusadas en la infancia, dijo “Les creo”, las escuchó sin prejuicios ni valoración moral. El descubridor del inconsciente articuló su teoría alrededor de Edipo-falo-castración; el falo ordena, divide aguas entre los que tienen y los que no tienen.

Lacan, continuando con la teoría freudiana, demostró que la significación y el sentido son siempre fállicos, regidos por una lógica del tener-no tener, ser-no ser, presencia-ausencia, articulados a partir del todo y la excepción. El saber es sexual, pero la sexualidad -la pulsión en Freud o el goce en Lacan- no se subsume a un saber ni es un dominio delimitado de prácticas o conductas.

Lacan se diferencia de Freud, se da cuenta que el falo no funciona como algo que diferencia dos sexos, ni se pueden definir identidades sexuales a partir de ese operador. Ese fue el primer paso para luego afirmar, de manera provocadora, que no hay relación sexual. En el *Seminario XX* demuestra que el falo es obstáculo a la relación sexual que no hay y constituye una estrategia para no saber nada de la imposibilidad de esa relación. Si el falo no puede dar cuenta de la diferencia sexual, deja de funcionar el concepto de heterosexualidad como género, “no hay relación sexual” significa que la diferencia sexual

no es una relación imaginaria ni complementaria.

Muchos años antes, en el texto “Análisis terminable e interminable”, Freud había formulado que el complejo de castración incluía a todos, tanto los que se ubican en relación al falo teniéndolo como no teniéndolo, y que en ambos casos se trataba de un rechazo de lo femenino: no querer saber nada de lo femenino para varones y mujeres. Este fue el puntapié que le permitió a Lacan formular que lo femenino supone un goce que no hace relación y que constituye la diferencia absoluta de cada mujer y de cada hombre.

Lacan en el *Seminario XX* formalizó la diferencia entre el goce femenino y el fálico: el primero no se agota en la lógica fálica, escapa a la escritura, la representación, la cifra y la contabilidad, constituyendo una magnitud sin medida que no se deja apresar por el significante ni por las identificaciones de género. A partir de Lacan no se puede hablar de una

identidad sexual, no hay universo para las mujeres, porque no hay un límite allí; el universo de los hombres es posible a condición de que exceptuemos algo de ese todo. Lacan no teoriza la sexualidad en términos de género, sino de goce, afirma que por la vía del goce fálico no se puede saber qué es una mujer. La lógica del no-todo caracteriza la posición femenina: no-toda fálica implica que no todo lo subsume el pensamiento, la medida, la significación y la representación, que siempre son fállicos.

Butler se opone a un binarismo masculino y femenino que atribuye al psicoanálisis como una relación complementaria, recíproca, sostenida en la norma fálica, por la cual el significado de un sexo depende

del significado del otro. Sin embargo, a partir de Lacan no se puede continuar pensando de ese modo. Ubicamos acá un malentendido con las teorías de género que nos conduce a discrepar con la crítica planteada por las feministas a la bipolaridad y al falo: el goce femenino no se define en relación a lo masculino, está concernido por la significación fálica pero no cernido por ella. En pocas palabras, desde el psicoanálisis no hay ningún binarismo normativo de los sexos tal como plantea el feminismo, porque la relación sexual no se puede escribir.

El psicoanálisis lacaniano sostiene que existe un modo diferente de establecer la división que no responde a la heterosexualidad normativa: no es entre varones y mujeres, sino entre el sexo y el sentido. El sexo se produce a partir de la falla de la significación y encuentra su lugar donde las prácticas discursivas tropiezan y no donde producen significado. La sexualidad no se define por el discurso sino por su fracaso: la diferencia sexual no se inscribe en lo simbólico.

Desde la perspectiva psicoanalítica, el sexo no es una construcción discursiva vinculada al significante y la significación, ni un argumento que se deconstruye y se comunica como plantean las teorías feministas. Para el psicoanálisis la noción de sexualidad es inseparable de la existencia del inconsciente y no se reduce a un deseo consciente articulado a una demanda de ser mujer o varón.

A pesar de las diferencias, ambas teorías comparten una postura a favor de la despatologización y el derecho a las formas singulares de la sexualidad. El feminismo, nuevo agente político, se opone a toda forma del poder sobre el cuerpo de las mujeres y en ese sentido se inscribe

también como un movimiento antineoliberal.

Bienvenidos los cambios que trajo el feminismo en la subjetividad y en los lazos sociales. Un psicoanalista, afirmó Lacan, debe estar a la altura de la subjetividad de su época, advertido de que su escucha remite al sujeto dividido del inconsciente y que, en ese acto, suspende su subjetividad.

PATRIARCADO Y FEMINISMO

Para explicar el origen de la cultura, la moral y la religión, Freud inventó un mito patriarcal que desarrolló en su escrito “Tótem y tabú”: en los tiempos primordiales, los hombres vivían en hordas salvajes dominados por un padre violento, único poseedor de las mujeres y los bienes. Para terminar con ese absolutismo, los hermanos decidieron asesinarlo y luego, a los efectos de no repetir el crimen, se sometieron a un pacto que consistía en dos prohibiciones: nadie ocupará el lugar del padre y no se podrá tener relaciones sexuales con las mujeres del clan. La cultura comenzó con el asesinato del padre de la horda.

Del mito freudiano se puede extraer como conclusión que intentar erradicar la violencia mediante la muerte y un contrato fraterno no resuelve el problema del patriarcado y la violencia social. El acto criminal fundante es postulado como una conspiración realizada por hombres, las mujeres no cuentan en la organización y establecimiento de la cultura.

La fraternidad, uno de los principios en los que se basa la democracia, se presenta como un sueño imposible si se fundamenta exclusivamente en un pacto que responde al patriarcado y a la concentración de

poder propia del neoliberalismo y la cultura de masas.

Freud afirmó en el capítulo XII de “Psicología de las masas y análisis del yo” que en las formaciones de masas la diferencia de los sexos no desempeña papel alguno, no hay lugar para la relación amorosa y que su condición de existencia es la exclusión de las mujeres.

Ellas van en contra de la masa, dado que el amor femenino se opone al cemento que une libidinalmente a los hombres.

Si la mujer no está del todo en la lógica fálica, como planteó Lacan en su *Seminario Aún*, el amor femenino, además de ser un obstáculo al todo fálico, constituye una resistencia a esa forma de poder concentrado que produce malestar en la civilización. La política de las mujeres, la rebelión de las que no contaban, vino a interrumpir la lógica de dominación fálica o machista, resultando una oportunidad para deslegitimar el poder establecido. La acción del colectivo feminista desconcentra el poder, desarma el monopolio instalado hasta ahora de la palabra masculina y abre un espacio democrático y horizontal.

PATRIARCADO Y NEOLIBERALISMO

Al poder patriarcal se sumó la acumulación capitalista, la ciencia al servicio del mercado y la desregulación neoliberal, generando un sistema de producción de esclavitud y exclusión sin precedentes. Como saldo de esta demencial concentración de poder se obtuvieron inmensas desigualdades sociales, guerras, carrera armamentista, explotación, enfermedades y muertes. En ningún caso se cumplieron las promesas de autorregulación de los mercados, los consensos ni la igualdad

garantizada por la ley y amparada por la Declaración de Derechos.

Lo social organizado por la combinación thanática de patriarcado, fraternidad fracasada y neoliberalismo condujo a la violencia, al racismo y a una segregación en aumento contra todo aquello que no entre en el conjunto de los hombres. Una serie de iguales constituye una psicología de las masas e inevitablemente segrega lo que se presenta como heterogéneo: las mujeres, los extranjeros y diversas formas de excluidos que no cuentan ni siquiera como cifras. En la masa no hay lugar para el prójimo como “otro diferente”, sino solo para individuos identificados entre sí, que funcionan como dobles. La fraternidad, una sociedad de hombres caracterizada por la presencia de celos, rivalidad y agresividad, representa la lógica de la cultura patriarcal.

¿Qué se puede esperar de una cultura que no es hospitalaria con la alteridad, en la que las mujeres no valen sino como resto segregado y el diferente es humillado, maltratado y explotado? Una hermandad de hombres uniformados y atontados que excluye a las mujeres constituye un sistema de concentración de poder jerárquico, antidemocrático, que busca dominar. Una cultura establecida por el poder y la obediencia a una supuesta potencia, en realidad es el ejercicio de una violencia que encubre la propia impotencia. Un orden así es incapaz de generar lazos amistosos en el tejido social y pacificar las relaciones, como se evidencia en el incremento planetario de la hostilidad al que asistimos. Es necesario asumir a que la sociedad organizada desde la fraternidad condujo a un callejón sin salida y decidirse a experimentar nuevas formas.

Al patriarcado se le sumó el neoliberalismo y esa concentración de poder retoolimentada trajo como consecuencia el aumento de las desigualdades sociales, la estimulación del odio, la denigración de los cuerpos, la producción de excluidos, abusados y violentados. El patriarcado implica el abuso del cuerpo de las mujeres y el neoliberalismo un descuido y desprotección de los cuerpos, ecuación que conduce a la enfermedad singular y social. El neoliberalismo aumentó los índices de pobreza y hambre, dejando a los sujetos a la intemperie, casi sin Estado. Al carecer de mecanismos sociales protectores, quedaron amenazados en sus condiciones de existencia sin saber cómo hacer para subsistir, desestabilizados en su identidad. Ante la incapacidad de escuchar el grito de la urgencia y la necesidad, se produce en los sujetos un avasallamiento por la angustia, afecto que toma el cuerpo.

No resulta casual que en esta coyuntura en la que convergen el patriarcado y el neoliberalismo descarnado haya surgido, con una fuerza intempestiva, el colectivo de mujeres denunciando los abusos machistas sobre un cuerpo que resulta utilizado, cosificado y sometido. Ellas rompieron el silencio del cuerpo abusado y avanzan desconcentrando el monopolio naturalizado de la palabra y el poder masculino. Las mujeres comprendieron antes que el resto del campo social que patriarcado y neoliberalismo constituyen un dispositivo de poder que se expandió por todo el planeta y se apropió de la vida. Que sólo habrá democracia si somos capaces de emanciparnos del patriarcado y de toda forma de concentración del poder capitalista.

“No es no” es una consigna que expresa la asunción del derecho al respeto y dignidad del cuerpo, significa un límite

a la manipulación machista y un cambio en la posición de las mujeres. Expresa el cansancio por la mordaza resignada, por el secreto del padecimiento solitario, por hacerse cargo de la vergüenza ajena. Lo novedoso es que no se trata de un pedido a las instituciones para que se reconozca la igualdad de género, sino de una decisión colectiva que sin pedir permiso plantea un nuevo pacto social: nunca más ser tomadas como objeto de uso y abuso de los hombres.

El feminismo se convirtió en un nuevo agente político, una potencia que se interroga sobre asuntos cruciales que la política hasta ahora no tuvo en cuenta: el cuerpo, el amor, el

deseo, la sexualidad, la relación con el otro, la igualdad, la maternidad como una opción y no una obligación, el derecho al aborto y a la dignidad.

Las mujeres decidieron salir del lugar de víctimas - que es también el de objeto - politizando el sufrimiento singular, poniéndolo en juego en una ética emancipatoria no ajena a la lucha contra el neoliberalismo; encontramos varios puntos de convergencia entre patriarcado y neoliberalismo, uno de ellos es el desprecio del poder hacia los cuerpos.

Una por una y colectivamente las mujeres salieron de la minoría de edad, se hicieron cargo de un deseo emancipatorio asumiendo el compromiso de cuidarse entre todas. Están dispuestas a crear y volver a construir lo común a partir de un sentido profundamente libertario hacia la vida, una nueva forma de entender el mundo y de habitarlo de manera menos hostil, más amistosa y amorosa.

“No es no” expresa una fuerza plebeya que irrumpe restituyendo la dignidad del cuerpo maltratado: abusado, cosifica-

do por el patriarcado y angustiado por el neoliberalismo. El feminismo propone un nuevo contrato social y tal vez sea una posibilidad de inventar de nuevo la vida en común.

FEMINISMO: RESTITUCIÓN DEL CUERPO Y POLITIZACIÓN DE LO ÍNTIMO

Una de las grandes novedades que trajo el feminismo a la cultura es dejar de lado el cuerpo idealizado para alojar la inscripción del cuerpo abusado de la mujer. En la cultura hasta ahora sólo hubo lugar para la madre-amada-idealizada, que tiene el hijo en el lugar del falo, o para la mujer deseada cosificada y degradada. Comienza a visibilizarse el “volverse mujer”: la mujer-deseante en tanto sujeto que encarna la falta. En esto consiste la feminización del mundo que se incorpora a la vida republicana y se presenta como un componente que plantea el pasaje de un discurso a otro.

Lacan en el *Seminario Aún* afirma que la emergencia del amor es un signo que indica un cambio de discurso. El amor para Lacan se inscribe a partir de la falta estructural del sujeto: dar lo que no se tiene, lo que no entra en ninguna contabilidad ni cálculo, no se compra ni se vende; resiste la lógica del discurso capitalista que consiste en un rechazo del amor.

La sororidad, nueva relación de amor entre mujeres, implica un cambio de discurso.

Rechaza las distintas formas del poder machista, relaciones violentas de abuso-sometimiento, proponiendo vínculos igualitarios y solidarios. Constituye un nuevo amor, una forma política del amor que configura y politiza lo íntimo.

El psicoanalista François Jullien, en su texto *Lo íntimo*, afirma que lo más profundo de un ser es lo que configura una relación y reúne desde lo más secreto; lo íntimo no necesita probarse, sólo se comparte, hace entre dos o más personas lo que no se puede hacer solo.

Cuando algo que era secreto se exterioriza no como exhibicionismo sino como liberación, al romper el solipsismo hace que lo privado devenga público, es un acontecimiento que crea y abre un campo común. Lo íntimo deja de ser propiedad privada de alguien y se cooperativiza, ya no es de ninguno, se vuelve de todos, que se desapropian igualmente. La “privacía” se transformó en “nosotras”, no como identidad sino como una fecundidad que va de lo individual a lo relacional y colectivo. Se trata de un adentro que desborda “mi” frontera, desea compartir y, rompiendo el encapsulamiento, arriesga, porque requiere de un gran coraje atreverse a lo íntimo dejando de lado pudores y convenciones. La intimidad a la que accedimos compromete, apunta a una puesta en común y a un compartir cuyo contenido es lo humano y cuyo horizonte puede volverse humanidad.

DESEO DE EMANCIPACIÓN

El feminismo, nuevo agente político, avanza y se presenta como un deseo de emancipación que ya no está dispuesto a sacrificarse por una seguridad garantizada por la lógica masculina. Un mundo más femenino se presenta contra todas las formas del poder, sometimiento y violencia, porque un mundo menos fálico será posiblemente más amoroso, menos capitalista. Las mujeres inauguran una política no sa-

crificial como el signo de una nueva fraternidad: sin jerarquías, basada en la libertad de decir y pensar, sometiendo la palabra exclusivamente a la verificación colectiva. El amor se convierte en un afecto político privilegiado y la sororidad comienza a recuperar su dignidad elevándose al rango de categoría política.

La política femenina aparece en el campo social irrumpiendo como un deseo activo, una inteligencia común y una fuerza productiva de comunidad. La mujer tiene un valor político emancipatorio en el que “volverse mujer” se presenta como un componente fundamental que se incorpora a la vida republicana.

¿QUÉ ES UNA MUJER?

Se preguntó Freud y respondió, un *dark continent*; era su manera de referirse al enigma que no tiene representación en el inconsciente. Años más tarde, en su *Seminario Aún*, Lacan destacó que la mujer se inscribe en la lógica fálica, pero no toda. Hay un suplemento en la posición femenina que no tiene inscripción, por participar la mujer de un conjunto abierto que carece de límite. El feminismo es un colectivo de mujeres que designa varias significaciones simultáneamente. Por una parte, refiere a las reivindicaciones concretas de la mujer: rechazo a la violencia de género, ley de aborto, igualdad salarial, reconocimiento del trabajo de las mujeres por fuera del mercado, etc. Sin embargo, ellas no están del todo representadas allí, algo desborda y excede el locus de las reivindicaciones. El movimiento feminista afecta los “patrones” mismos del orden social, porque se dirige contra la jerarquía, la sumisión y toda forma de explotación, sea económi-

ca, sexual o de otra índole. El feminismo no consiste en un movimiento que reúne individualidades aisladas, sino que se trata de un modo cooperativo y sin jerarquías, una democracia que, partiendo de la igualdad, maximiza la libertad como potencia colectiva. “Nadie sabe lo que puede un cuerpo”, afirmaba Spinoza; agregamos, nadie sabe lo que puede un cuerpo femenino organizado. El feminismo irrumpió como una fuerza intempestiva, causa un movimiento y muestra un camino de politización del deseo.

Las mujeres nos interpelan y hacen que nos preguntemos: ¿cómo librarnos del patriarcado? ¿Cómo expulsar el fascismo incrustado en nuestro discurso y en nuestros actos? Una invención efectiva y decidida de luchar contra el poder patriarcal y capitalista ocupó la calle, puso un límite que opera como un “ajuste de cuentas” en las relaciones entre igualdad y comunidad, abriendo una inédita configuración del espacio político, una nueva realidad.

PALABRAS FINALES

El salto del feminismo, la rebelión de las que no contaban, produjo un corte acorde con la afirmación de Freud en “Psicología de las masas”: el amor de la mujer se opone a la masa de hombres y la puede interrumpir. Suponer que este movimiento consiste en la realización de una nueva identidad femenina diferente a la tradicional es vaciarlo de contenido, banalizar su apuesta emancipatoria y asimilarlo al mercado.

Estamos ante un movimiento libertario que abre nuevas preguntas en vez de clausurar con respuestas dogmáticas estableci-

das. Implica una ética, ya que expresa un deseo de emancipación de las mujeres, y es instituyente porque interrumpe el fracasado orden patriarcal-fraternal establecido. Vino a reconfigurar un orden social naturalizado y promete una nueva forma de hacer comunidad basada en vínculos horizontales, amistosos, solidarios y democráticos.

BIBLIOGRAFÍA

BUTLER, J. (2007). El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad. Buenos Aires: Paidós.

FREUD, S. (1985). Psicología de las masas y análisis del yo. En Obras Completas, t. XVIII (pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____ (1985). La organización genital infantil. En Obras Completas, t. XIX (pp. 141-150). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____ (1985). Análisis terminable e interminable. En Obras Completas, t. XXIII (pp. 211- 254). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

JULLIEN, F (2016). *Lo íntimo*. Buenos Aires: El cuenco de plata.

LACAN, J. (1972). *Seminario XX, Aún*. Buenos Aires: Paidós.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

Merlin, N. (2019). Feminismo y psicoanálisis en *Revista Psicoanálisis en la universidad* N°3. Rosario, Argentina. UNR editora.

NORA MERLÍN

Psicoanalista, docente e investigadora de la Universidad de Buenos Aires. Magister en Ciencias Políticas.

Autora de *Populismo y psicoanálisis* (Letra Viva, 2014) y de *Colonización de la subjetividad. Medios masivos de comunicación en la época del biomercado* (Letra Viva, 2017). *Mentir y colonizar. Obediencia inconsciente y neoliberalismo* (Letra Viva, 2019).

Autora de innumerables publicaciones en revistas especializadas y capítulos de libros en el país y en el exterior.